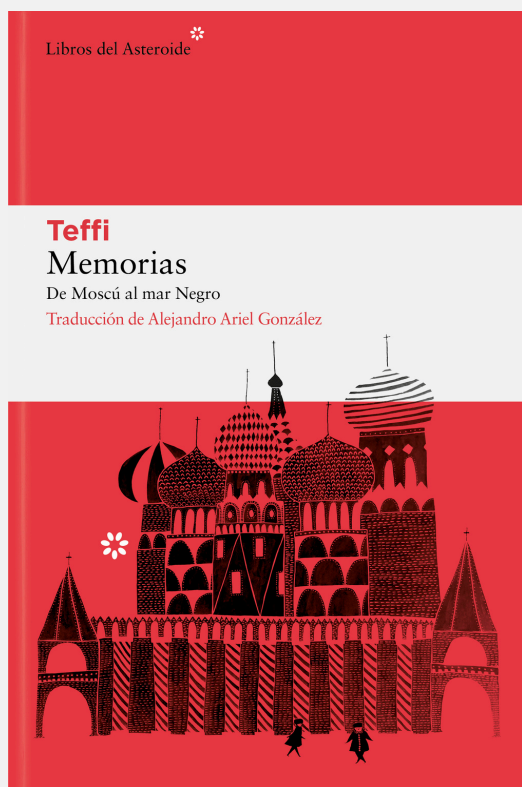


Teffi

Memorias. De Moscú al mar Negro

Un libro que nos descubre a una autora cuyo talento para la sátira, su perspicacia y su profunda humanidad la convirtieron en una de las escritoras rusas más queridas del siglo XX.





Teffi

Memorias

De Moscú al mar Negro

PVP: 20,95 euros

PVP eBook: 10,99 euros

ISBN: 978-84-10178-23-6

Tamaño: 12,5 x 20 cm.

Páginas: 272

Traducción: Alejandro Ariel González

23 de septiembre en librerías

Una obra rebotante de ingenio y humor negro

Teffi fue una escritora extraordinariamente popular en la Rusia prerrevolucionaria, admirada tanto por el zar Nicolás II como por Lenin. Nacida en una prominente familia de San Petersburgo, poco después del estallido de la revolución, en 1918, emprendió un viaje para acudir a unas veladas literarias en Ucrania sin sospechar que su odisea terminaría en París, donde viviría exiliada el resto de sus días. En estas «Memorias» narra su periplo de Moscú a Constantinopla –ya sea en un vagón de mercancías, en un barco ruinoso o en carreta– mientras se cruza con personajes de lo más diverso que huyen de la guerra civil, «gente sencilla y poco heroica» que, como ella, se vieron arrastrados por el torbellino de la historia.

Considerada la obra cumbre de Teffi, esta narración rebotante de ingenio y humor negro nos habla del caos provocado por la revolución y la guerra y nos invita a reflexionar sobre lo que significa perderlo casi todo. Un libro que nos descubre a una autora cuyo talento para la sátira, su perspicacia y su profunda humanidad la convirtieron en una de las escritoras rusas más queridas del siglo XX.

**«Nunca imaginé que unas memorias así pudieran existir.
Un libro cautivador.»**

Antony Beevor

Teffi

La escritora rusa más popular del siglo XX

Teffi, seudónimo de Nadezhda Alexándrovna Lójvitskaya (San Petersburgo, 1872 - París, 1952) fue una de las autoras más famosas de la Rusia prerrevolucionaria; había incluso caramelos y perfumes con su nombre, y era admirada por personajes tan diversos como Bulgákov, Rasputín, Lenin y el zar Nicolás II. Emigró de la Rusia bolchevique y acabó instalándose en París en 1919, donde se convirtió en una figura relevante del círculo de escritores exiliados, y donde vivió hasta su muerte. Maestra del relato corto, a lo largo de su vida publicó infinidad de cuentos, piezas teatrales y folletines. Entre sus obras, además de sus cuentos, destacan especialmente sus emblemáticas «Memorias» (Libros del Asteroide, 2024). Tras su muerte, Teffi cayó poco a poco en el olvido, pero el fin de la Unión Soviética llevó al redescubrimiento de su obra.

De la fama al exilio

Publicado originalmente por entregas en el periódico ruso de París «Vozrozhdenie», entre diciembre de 1928 y enero de 1930, «Memorias» relata la salida de Teffi de Rusia tras el recrudecimiento de la guerra civil. En sus propias palabras, este libro es «una narración sencilla y veraz sobre el involuntario viaje de la autora». Sin héroes ni figuras ilustres, ni críticas a tal o cual corriente política, «Memorias» es una obra satírica de aventuras repleta de humor sofisticado.

Teffi nació en una familia distinguida y muy amante de la literatura. Por ejemplo, a los trece años, se obsesionó con «Guerra y paz» de Tolstói y fue a su encuentro para conocerle y hacerse con una fotografía firmada por él. Tres de sus hermanas fueron escritoras. Una de ellas, Mirra Lojvítskaya, conocida como la Safo rusa, se granjeó gran fama entre los simbolistas. En 1890, a los dieciocho años, contrajo matrimonio con un abogado y terrateniente polaco. La pareja tuvo tres hijos y vivió casi una década en una finca en la provincia de Maguilov (actual Bielorrusia).



NOTA DE PRENSA



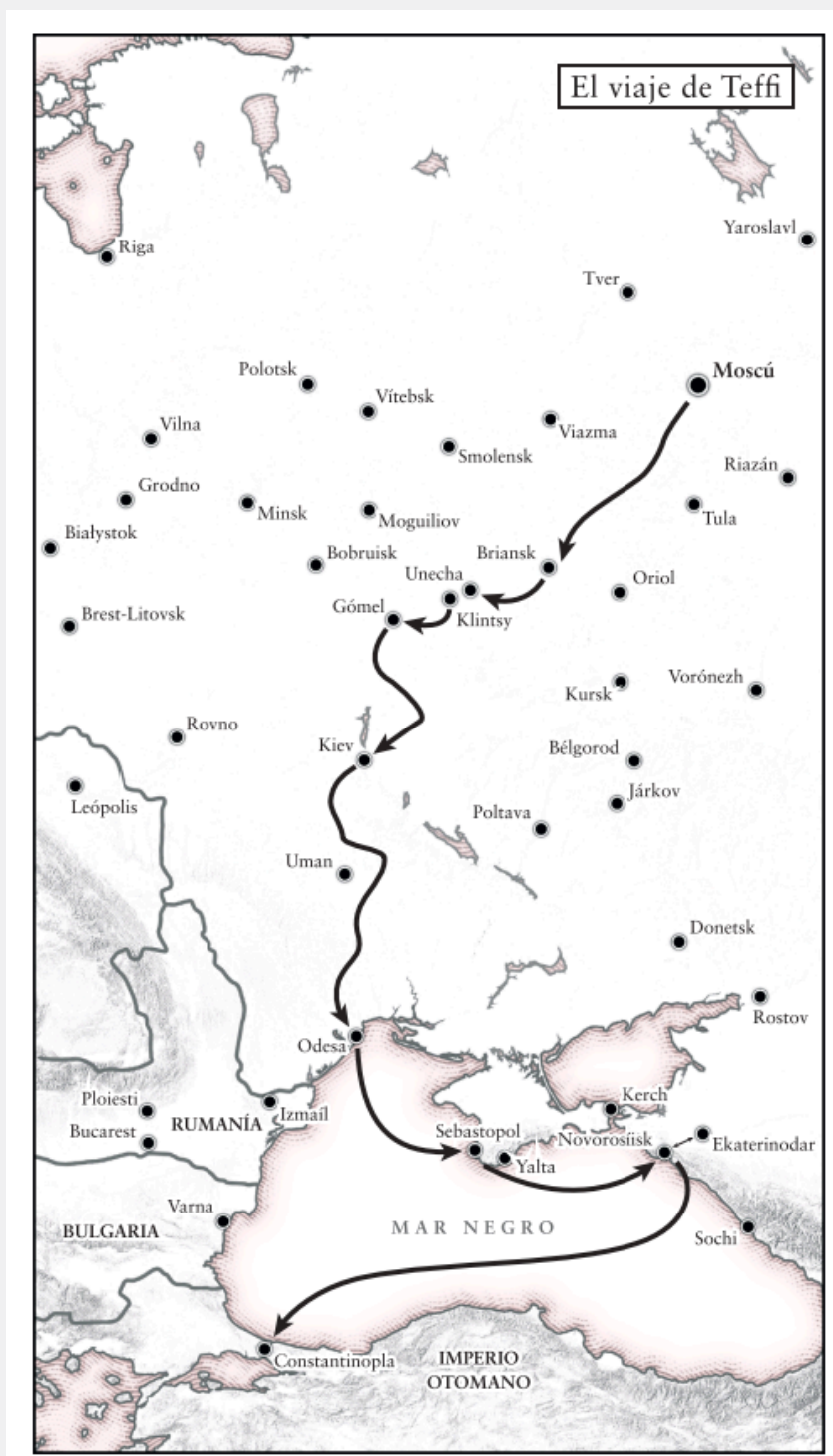
Con la llegada del siglo XX, Teffi lo dejó todo y se marchó a San Petersburgo en pos de su vocación literaria. En 1901, publicó varios poemarios y versos satíricos. Poco tiempo después empezó a publicar folletines, relatos, obras teatrales y hasta canciones que declamaba acompañada de una guitarra. Teffi apoyó la Revolución de 1905, en la que tuvieron lugar distintas revueltas populares contra el poder de Nicolás II, germen de la revolución bolchevique de 1917 y primer paso para la renovación del régimen zarista mediante la concesión de algunas libertades civiles, como la libertad de prensa. Teffi publicó en el primer periódico bolchevique surgido de este cierto aperturismo; al menos hasta que este se convirtió en un órgano del Partido Comunista, momento en el que dimitió. La experiencia dejó una importante huella en la escritora y un odio profundo hacia la oficialidad revolucionaria, especialmente hacia la figura de Lenin.

Entre 1908 y 1908, empezó a publicar en la revista de humor «Satiricón» y en el periódico «La palabra rusa»: la popularidad de la primera y la relevancia del segundo, que contaba con una tirada de más de un millón de ejemplares, le otorgaron una enorme fama. Teffi fue la escritora favorita del zar Nicolás II, rechazó una propuesta amorosa del mismísimo Rasputín. De su obra decían que era socarrona y desenfadada, que tenía un humor casi elegíaco, cuya burla perspicaz iluminaba las nimiedades de la vida gris y cotidiana. No obstante, las alabanzas no eran gratuitas: «En general, la forma de escribir de Teffi es tan inteligente y bella que ni sus enemigos la llamarían ‘mujer escritora’», expresó un compañero suyo de profesión.

Tras la revolución bolchevique, todo cambió. Teffi necesitaba cambiar de aires. En mayo de 1918, se trasladó a Moscú, donde fue testigo de la progresiva aniquilación del viejo mundo bohemio. En ese momento, da comienzo «Memorias», que narra su periplo hasta París, su hogar hasta su muerte a los ochenta años en 1952 tras sobrevivir a las penurias del exilio, la ocupación nazi, la segunda guerra mundial y la dura posguerra. En una carta poco antes de fallecer Teffi expresó: «Todos mis coetáneos están muriendo, pero por alguna razón yo sigo viviendo. Es como si estuviera sentada en la sala de espera de un dentista mientras este llama a los pacientes, claramente confundiendo el orden.»

Las satíricas aventuras antiheroicas de una dama rusa

Narrar desde el humor un mundo que ha dejado de ser gracioso



Mapa del viaje al exilio de Teffi.

De Moscú al mar Negro: fragmentos de una huida

«De Petersburgo llegó una noticia: habían arrestado a una joven artista por leer mis cuentos. En la Checa la obligaron a repetir uno de ellos delante de unos jueces temibles. Pueden imaginarse con qué viva alegría leyó ese monólogo humorístico entre dos escoltas con bayonetas. Y, de pronto —¡oh, feliz milagro!—, después de las primeras frases trémulas, la cara de uno de los jueces se iluminó con una sonrisa.

—Este cuento lo escuché en una velada en casa del camarada Lenin. Es absolutamente apolítico.

Más tranquilos después de oír esto, los jueces le pidieron a la aún más aliviada acusada que continuara la lectura ya “con fines de entretenimiento revolucionario”».

Tras la disolución del Imperio ruso, una salvaje guerra civil tiene dividida Rusia: el nuevo gobierno bolchevique y su Ejército Rojo, en el poder desde la Revolución de Octubre de 1917, lucha contra el Movimiento Blanco, que aglutina militares del exejército zarista, liberales, monárquicos y distintos grupos opositores, como los mencheviques, entre otros.

Teffi abandona San Petersburgo tras el cierre de «La palabra rusa» y se instala en Moscú. Tanto ella como muchos de sus coetáneos tienen claro que deben marchar, al menos, durante un tiempo, del país: sus críticas y demandas de soluciones para la crisis que asola a la población no tienen cabida ni en un bando ni en otro. No hay espacio para el humor. Un empresario teatral llamado Guskin le propone viajar a Kiev y Odesa para participar en unas lecturas públicas. Quizá es el momento adecuado, pues cada vez es más complejo traspasar la frontera. Tras un tenso viaje en tren hacia Ucrania, del que temen no lograr salir con vida, llega a la capital ucraniana junto a un pequeño grupo de artistas, entre los que destacan Arkadi Avérchenko, fundador y director de la revista «Satiricón» y una joven bailarina, Oliónushka.

Kiev es una ciudad en alerta, pero todavía alejada del frente bélico ruso. Hay mucha gente en tránsito, también inquietud y temor. No obstante, Teffi se encuentra como en casa, gran parte de la «intelligentsia» rusa se halla allí reunida, a la espera. La vida sigue a pesar de todo.

NOTA DE PRENSA

Sin embargo, todo tiene que esperar: una fuerte gripe la deja postrada en la cama.

«Y si no podía levantarme, ¿entonces hasta el día siguiente nadie se enteraría de que estaba enferma? En el hotel no había criados, y no esperaba la visita de nadie.

Aterrada, me levanté de un salto y empecé a golpear la puerta.

—¡Estoy enferma! —grité—. ¡Vuelva!

La actriz oyó mi llamada. Media hora después vinieron corriendo unos amigos asustados; traían lo que más necesita una persona enferma: un ramo de crisantemos.

—Bueno, ahora todo irá bien.

La noticia de mi enfermedad salió en los periódicos. Y como la gente, a decir verdad, no tenía nada que hacer, como la mayoría esperaba «los últimos estertores del bolchevismo» y no se ocupaba de nada concreto, mi desdicha tuvo una gran repercusión. Desde la mañana hasta la noche mi habitación estaba llena de gente. Por lo visto, encontraban aquello muy divertido. Traían flores, bombones que ellos mismos comían, conversaban, fumaban; las parejas de enamorados se daban cita en alguno de los alféizares; se compartían los chismes del teatro y de la política. A menudo aparecían personas para mí desconocidas, pero sonreían y se entregaban a la comida y la bebida tanto como las conocidas. Por momentos me sentía incluso superflua en esa alegre compañía. Por suerte, pronto dejaron de prestarme toda atención.

—¿No habrá forma de echarlos a todos? —esboqué mi tímida queja a Ilnárskaia, que me cuidaba.

—¿Qué está diciendo, querida? Se ofenderán. No queda bien. Tenga paciencia. En cuanto se mejore, podrá descansar.»

NOTA DE PRENSA

Una vez recuperada y tras vagar durante semanas por distintos extraños alojamientos y vivir distintas peripecias sorteando a funcionarios corruptos, personajes peculiares y penurias varias, la escritora se instala en un destartado hotel de la ciudad mientras busca rescindir su contrato con Guskin tras una serie de disputas y medita si dirigirse hacia Odesa, pues los grupos armados de las tropas contrarrevolucionarias se dirigen hacia Kiev. Poco a poco el caos se apodera de la vida de Teffi y de la ciudad. Todo el mundo busca cómo huir. Comienzan los arrestos y los registros. Teffi, a los cuarenta y seis años, se convierte en refugiada.

«Llegó el verdadero invierno, con más heladas, con nieve. El médico dijo que, después de la pulmonía, vivir en una habitación sin calefacción con las ventanas rotas podía ser acaso muy divertido, pero poco provechoso para la salud. Entonces mis amigos me encontraron refugio en casa de una venerable señora que era dueña de un pensionado para alumnas de liceo. Recogieron aprisa mis pertenencias y las trasladaron junto conmigo. Trabajaron con abnegación. Recuerdo que Ilnárskaia, que se había hecho cargo de los pormenores de mi vida corriente, metió en una caja un vestido de puntilla, ropa de seda y un frasco de tinta abierto. Vérochka Chárova (del Teatro Korsh de Moscú) trasladó doce ramos secos a los que yo tenía mucho cariño. Tamárochka Oxínskaia (del Teatro de Sabúrov) recogió todas las tarjetas de visita que habían quedado sobre los alféizares. Alexéieva-Mésjieva guardó con cuidado los restos de bombones y los frascos vacíos. Así de diligente y animada fue mi mudanza. Solo se olvidaron de mi baúl y de todos los vestidos del armario. Pero todas las chucherías estaban ahí, y eso era lo más importante, porque es lo que más a menudo se olvida.».

De una peluquería salió una señora conocida.

—¡Qué desastre! Hace tres horas que estoy esperando. Todas las peluquerías están a reventar... ¿Usted ya se ha hecho los rulos?

—No —respondí desconcertada.

—¿En qué está pensando, entonces? Los bolcheviques avanzan. Hay que huir. ¿Por qué va a huir así, despeinada? Zinaída Petrovna ha hecho bien: «Ayer ya me di cuenta de que la situación era grave, así que enseguida me hice las uñas y me ondulé el pelo», me ha dicho. Hoy todas las peluquerías están a reventar. Bueno, me voy volando...».

«Vivir en un chiste no es algo alegre, sino más bien trágico.»

«Colocamos nuestras cosas en el suelo, nos sentamos encima de ellas y, en verdad, nos sentimos muy a gusto. Nadie nos disparaba, nadie nos registraba: ¿qué más necesita el hombre?».

NOTA DE PRENSA

«Empezó a hacer frío, y yo, envuelta en mi pelliza de foca, sobre la que antes había estado acostada, escuchaba las fantasías de Avérchenko y Oliónushka. No he mencionado mi pelliza de foca de forma casual. Esta prenda ha marcado una época en la vida de toda mujer refugiada. ¿Quién no ha tenido una pelliza semejante? Nos la poníamos cuando nos íbamos de Rusia, aunque fuera verano, porque no podíamos desprendernos de ella: era una prenda abrigada y además de valor; y, por otro lado, ¿quién sabía cuánto tiempo duraría nuestra errancia? Vi pellizas de foca en Kiev y en Odesa, aún nuevas, con la piel lisa y brillante. Después en Novorosiisk, ya gastadas en los extremos, con zonas sin pelo en un costado y en los codos. En Constantinopla, con el cuello deshilachado y las bocamangas pudorosamente recogidas. Por último, en París, entre 1920 y 1922. Para 1920, la prenda ya estaba raída hasta el cuero negro y brillante, recortada hasta las rodillas, con el cuello y las bocamangas hechos con una piel nueva, más negra y grasosa: una imitación extranjera. En 1924 la pelliza de foca desapareció. Solo quedaron retazos, recuerdos fragmentarios cosidos en el cuello o en las mangas de otro abrigo, a veces en el dobladillo. Nada más. En 1925, la mansa y cariñosa foca fue devorada por las hordas de gatos teñidos que nos invadieron. Pero incluso ahora, cuando veo una pelliza de foca, recuerdo toda esa época de la vida de refugiada; en los vagones de mercancías, en la cubierta de un barco o en la cárcel, extendíamos debajo de nosotras la pelliza cuando hacía buen tiempo y nos envolvíamos en ella cuando hacía frío. [...] Querido y entrañable animal, confort y defensa en los tiempos difíciles, estandarte de la mujer refugiada. Sobre ti puede escribirse un poema entero. Te recuerdo y te saludo.»

«¡Qué fastidioso era todo aquello! ¡Qué harta me tenía! De veras, hasta daba lástima que hubiera pasado aquella primera época, la “primavera” de la revolución, cuando a uno le castañeteaban los dientes, cuando uno escuchaba sin moverse si un camión seguía de largo o si se detenía en la entrada, cuando el corazón palpitaba hasta producir náuseas bajo los golpes de las culatas contra las puertas. Ahora ya estábamos demasiado acostumbrados a ello, todo era fastidioso hasta causar asco. Era grosero, sucio, absurdo.»

NOTA DE PRENSA

Finalmente, un nuevo desastroso y peligroso viaje en tren la lleva hasta Odesa. El gobernador de la ciudad, amante del teatro, la reconoce y le ofrece protección. Teffi intenta reorganizar su vida, incluso vuelve a escribir para «La palabra rusa», que parece se publicará de nuevo desde ahí mismo bajo un nuevo nombre. El pánico cunde ante la rápida expansión del frente bélico. Hay que marchar hacia Constantinopla, los bolcheviques avanzan. El caos es mayúsculo y la huida, masiva. Gracias a un conocido, Teffi logra subir al «Shilka», una embarcación que sin apenas tripulación ni electricidad se convierte en un pequeño infierno flotante.

«Sentía una indiferencia total por mi destino. Nada de alarma, nada de angustia. De todos modos, no podía hacer nada. Seguí mentalmente mi extraño viaje desde Moscú, siempre hacia el sur, hacia el sur, y siempre detrás de un designio ajeno. El dedo del destino se había presentado bajo la forma de Guskin y me había puesto en camino.

—Un viaje de apenas un mes. Unas pocas representaciones. Toda la recaudación será para usted. Cuando se dé cuenta, ya estará en casa tranquilita. ¿Sí?

Y bajo rodando por el mapa, y el destino me arrastra adonde quiere, y me trae hasta la orilla misma del mar. Ahora, si lo desea, me empujará al mar, o me llevará por la costa. En el fondo, ¿no da todo igual?»

«—¿Sabe una cosa? —me dijo—. Algunos pasajeros han expresado su disgusto porque usted ayer no limpió pescado. Dicen que está en una situación privilegiada y que no desea trabajar. Es necesario que muestre de alguna manera su buena disposición.

—Bueno, estoy dispuesta a mostrar mi disposición.

—En verdad, no sé qué inventar para usted... No voy a obligarla a fregar la cubierta.

—¡Oh!

¡Fregar la cubierta! ¡El sueño dorado de mi juventud!

Ya de niña había visto cómo un marinero lanzaba agua con una manguera grande y otro fregaba la cubierta con un cepillo duro y angular fijado a un palo largo. En ese momento me pareció que no podía haber nada más divertido. Desde entonces he aprendido que hay muchas

cosas más divertidas, pero esas rápidas y recias salpicaduras del chorro que corre por las tablas blancas, ese cepillo duro e inaudito, la animosa diligencia de los marineros (el que fregaba decía: “¡Hop! ¡Hop!”) se han grabado en mi memoria como un cuadro alegre y maravilloso. Ahí estaba yo, una niña de ojos claros y trencitas rubias, mirando con devoción ese juego de marineros y sintiendo envidia porque el destino nunca en la vida me proporcionaría esa alegría. Pero el buen destino se apiadó de la pobre niña. La hizo sufrir largo tiempo en el mundo, pero no olvidó su deseo. Organizó una guerra, una revolución, puso todo patas arriba y he aquí que, por fin, encontró la ocasión: colocó en sus manos un cepillo angular y la llevó a la cubierta. ¡Por fin! ¡Gracias, querido!»

NOTA DE PRENSA

Después de varios días a la deriva, el «Shilka» finalmente llega al puerto de Novorosiisk. La ciudad está llena de refugiados, olas que llegan o marchan según los éxitos y avances del Ejército Blanco. A pesar de todo, la diáspora rusa busca recomponerse. Un empresario contacta con Teffi para representar dos de sus obras en una localidad cercana, Ekaterinodar. Será la última representación en tierra rusa de la obra de Teffi. Al menos, por mucho tiempo.

Al terminar el verano, la escritora rusa marchará para siempre de Rusia.

«Mirábamos el mar, esperábamos la llegada de «los gallardetes».

El dinero iba desapareciendo poco a poco. En las tiendas daban el cambio con billetes especiales que, a veces, los propios vendedores no reconocían después. Todo se encarecía de un día para otro. Una vez, en una tienda, el dependiente, mientras me envolvía un pedazo de queso, lo señaló trágicamente con el dedo y dijo:

—¡Mire, a cada minuto está más caro!

—Entonces envuélvame rápido —le pedí—. A lo mejor el papel lo tranquiliza.»

«Todos mis recuerdos de esos primeros días en Novorosiisk quedaron cubiertos de un polvo gris, envueltos en un torbellino sofocante junto con la basura, las astillas, los trozos de esto y de aquello y las salpicaduras que barrían a los hombres a izquierda y derecha, hacia las montañas y hacia el mar, con la crueldad de una fuerza elemental, desalmada y absurda. Él, ese torbellino, determinaba nuestro destino.»

«El barco tiembla, exhala un humo negro. Miro con los ojos tan abiertos que el frío penetra en ellos. Y no me muevo. He roto mi juramento y me giro hacia atrás. Y, como la esposa de Lot, me quedo rígida, petrificada, y por los siglos de los siglos veré cómo mi tierra se aleja poco a poco de mí.»

A través de un cáustico e hiperbólico humor y una enorme empatía, «Memorias» narra en primera persona, sin ambages confesionales, su propio exilio, así como el progresivo desencanto respecto a la política, desde la sátira aguda, pero también desde la esperanza. Teffi se ríe y lleva a lo absurdo la tragedia, su propia tragedia. No obstante, talentosa y carismática, más allá de la comicidad, su verdadero objetivo es la naturaleza humana, la vida misma con sus luces y sombras, sin sentimentalismos y en un tono agrídulce.

NOTA DE PRENSA

«Una de las grandes escritoras de la Rusia de principios del siglo XX.»

Simon Sebag Montefiore

«Teffi es capaz de ser desgarradora al mismo tiempo que muy divertida.
No puedo recomendarla lo suficiente.»

Nicholas Lezard (The Guardian)

«Ligeras, ocurrentes y elegíacas al mismo tiempo:
unas memorias cautivadoras.»

John Gray (The Observer)

«Su ironía incisiva, cáustica, solía ir acompañada de cierta
compasión sincera hacía los más desfavorecidos (...).
Gastaba mucho humor, pero con un punto melancólico.»

Carles Geli (El País)

